

sin atreverse siquiera á murmurar para sus adentros del despotismo del viejo malvado.

Mientras tanto, el público que rodeaba á Onkelos y á su compañero empezaba á murmurar, y viendo la actitud agresiva de Roma, tal vez algunos intentaban ya volverse á sus casas, y desistir de continuar prestando á sus tiranos su cooperacion, cuando Anás y el fariseo, que notaron las disposiciones de la multitud, temieron hallarse solos en presencia de Pilatos, y resolvieron hacer un esfuerzo supremo para conservar á su lado al pueblo, que por entonces era toda su fuerza y su escudo.

Al efecto, introdujéronse entre las apiñadas masas, y como conocian perfectamente la infalible manera de interesarlas, procuraron aprovecharse de aquella ciencia que tan perfectamente poseian, y pintando al pueblo lo que podia resultar en contra de la independenciam de la patria, si desistían de aquel empeño, no solo retuvieron á sus partidarios en torno suyo, sino que escitaron verdaderamente sus iras, tanto en contra de Jesús, como en contra de Roma, á la que detestaban con todo su corazon los israelitas.

CAPITULO III.

En presencia de Pilatos.

Jesucristo fue conducido con todo miramiento por Cornelio á la presencia del gobernador romano de la Judea, y ora fuese por simpatía misteriosa, ora fuese por un sentimiento humanitario y de dignidad, ora fuese tambien para

contrariar hasta en esto á los hebreos, el centurion trató á Cristo de una manera, que contrastaba grandemente con la que los sacerdotes le habian tratado.

Fácil es que estas tres causas juntas moviesen á Cornelio; pero atendidos sus sentimientos generosos, su carácter recto, y la admiracion que le causaba el Nazareno divino, es muy probable que obrara por mucho en él el sentimiento de simpatía, que le inspiraba la inmaculada grandeza de Jesucristo.

Y así llegaron á la sala del tribunal, donde Cornelio esperó, acompañando al Señor, que Pilatos se presentara.

El pretor no se hizo esperar mucho. Deseaba conocer á Jesucristo, y si el motivo que conducia allí al Señor no fuera tan lamentable, á buen seguro que Pilatos se alegrara de tener ocasion de conocer á un hombre de tanta, tan grande y tan merecida fama.

Pero Pilatos, con todo y ser idólatra, tenia sentimientos mas nobles y generosos que los malvados, que en Israel se llamaban sacerdotes del verdadero Dios, y viendo á Jesucristo tan infamemente martirizado, sintió que el horror y la indignacion volvian á apoderarse de su corazon, y no pudo contener un ¡ah! de sorpresa y de lástima á la vez.

Y luego de haber contemplado por algunos momentos al Salvador del mundo, volviéndose á Cornelio le dijo:

— Esto no parece obra de hombres, sino de espíritus infernales. No es posible que la humanidad trate de esta manera á sus semejantes!

Y movió por unos momentos su cabeza, como si le costara convencerse de lo que estaba viendo. Despues dijo como si hablara consigo mismo:

— ¡Prócula tenia razon!

Mientras tanto, Jesús, con la cabeza humildemente in-

clinada sobre el pecho y los ojos puestos en tierra, saludaba con verdadero amor y entusiasmo la hora terrible del sacrificio horrendo, que dentro de pocas horas le esperaba, sacrificio enamorado, del cual debía brotar la redencion del mundo y la salvacion de la humanidad; y considerando los nobles sentimientos que en aquel momento agitaban á Pilatos, y la imponderable cobardía é injusticia de que poco despues daria pruebas tan irrefragables, se confirmó otra vez en la necesidad imperiosa que habia de morir, para regenerar los sentimientos de los hombres, para fortificar el temple de sus almas, para fijarles por norte de sus justicias la justicia inmutable de Dios.

Algunos momentos mas duró aun la dolorosa contemplacion de Pilatos, pero saliendo de ella, por fin, preguntó á Cornelio con aire sombrío:

— ¿De qué acusan á este desgraciado?

— No lo han dicho.

— Manda que suban los jueces que le acompañaban. Roma no condena jamás sin oír las deposiciones de los acusadores, y sin examinarlas.

Cornelio descendió á la plaza que se estendia frente del pretorio, teniendo á un lado las elegantes almenas y macizos paredones de la fortaleza Antonia.

Las tropas formaban aun en mitad de ella, y el gentío hebreo permanecia apiñado en el último extremo, sin haberse atrevido á dar un paso mas.

Mientras tanto, Pilatos hablaba de esta manera al Salvador:

— Dúramente te han tratado los tuyos, y tu estado inspira verdadera compasion. Anímate; los romanos no somos tan crueles como lo son tus compatriotas, y si eres inocente, puedes prometerte de mi parte la justicia, por-

que á mí no me inspiran los rencores que á vosotros os dominan.

— Yo no soy rencoroso; yo no he odiado nunca á nadie; mi mision en la tierra es la de hacer el bien; la eterna felicidad de los hombres, es el ideal que me ha inspirado siempre:— respondió Jesucristo al pretor, con voz tan blanda, tan humilde, tan tierna, pero tan débil y desmayada, que conmovió profundamente el corazon de Pilatos.

— ¿No odias pues á tus enemigos?

— Yo no tengo enemigos; yo no tengo mas que amigos obcecados. Una venda fatal oscurece sus ojos, y en vez de odio merecen compasion.

Aquellas palabras impresionaron de nuevo al pretor. Las frases que acababa de oír, sobre ser de un género extraño para él, tenian una dulzura, un encanto tan irresistible, que Pilatos sintió le derritian el alma y le causaban un placer desconocido, inefable, divino.

Y extrañado de tales palabras y de los efectos que producian en su pecho, continuó preguntando con verdadero interés:

— ¿No odias pues á nadie?

— Mi destino en la tierra es amar á los hombres. El odio y el rencor no caben en mi corazon, que no ha latido nunca al soplo de las pasiones.

— ¿Ni á los que te persiguen?— siguió preguntando Pilatos cada vez mas admirado, porque las contestaciones de Jesús tenian un *no sé qué* de irresistible y de convincente, que no permitian la menor duda.

— Á esos les amo con mayor ternura, y ojalá que los martirios que me han hecho sufrir, abriesen para ellos las puertas de la eterna dicha, y yo me consideraria feliz en medio de los tormentos.

— No comprendo tu generosidad. ¿Puede el corazón del hombre amar á los que le aborrecen?

— Sí. El mío les ama á todos con un amor entrañable, con un amor al que no se puede comparar el que siente la madre por sus hijos.

— Y al fin ¿qué conseguirás con ese amor? Si tú no te defiendes, los hombres que no te comprenden te perseguirán, hasta que lleguen á aniquilarte.

— Yo podré morir, pero la semilla del amor mío quedará en la tierra, para hacer bien hasta á los que me persigan.

— ¡Estraña grandeza! — dijo Pilatos para sí.

Y mirando con asombro y con interés al divino Redentor, volvió á decirse:

— ¿Es este hombre un loco sublime, ó es loca toda la humanidad? ¿Qué estrañas teorías son las que sustenta y practica? Divino Platon, retírate: ¿qué significa ni vale tu filosofía al lado de la de este galileo? Si existe algo hermoso y verdadero, necesariamente deben ser las teorías filosóficas de este desgraciado (1).

Sentíase Pilatos dispuesto, mas á oír espresar á Jesucristo aquellas sublimes teorías, que tan estrañas parecían al pretor, que á entender en la causa que se le presentaba, cuando regresó Cornelio.

— ¿Vienes, pues, solo? — preguntóle el gobernador romano con acento de despecho.

— Sí, vengo solo, porque como esa gente son *tan fieles* observadores de su ley, dicen que no les es dable hoy penetrar en el pretorio, so pena de contaminarse y no poder

(1) Ha de tenerse en cuenta, para que las palabras de Pilatos no produzcan un mal efecto, que al hacer el retrato del pretor, hemos dicho que era un escéptico. Por consiguiente, es natural que todo lo mire bajo el punto de vista de su filosofía.

comer mañana el cordero pascual. ¡Ya se ve! son hombres de conciencia tan pura y de virtud tan meticulosa, que han creído contraer una impureza legal si penetraban hasta aquí, pero no han creído que fuera obstáculo para que pudiesen comer limpios el cordero, el maltratar de una manera tan bárbara y sangrienta á ese infeliz.

Y al decir Cornelio sus últimas palabras, señalaba al Salvador del mundo, mirándole con ojos de compasión.

— Conozco en la índole de la respuesta á ese viejo zorro, á ese insecto inmundo que se llama Anás, al que he de aplastar como si fuera un asqueroso gusano.

— Es verdad. De Anás ha salido esa contestación especiosa; de Anás, que á mi parecer el miedo á tu justicia, Pilatos, le impide acercarse aquí.

— El miedo, sí, Cornelio; el miedo, no lo dudes, y no el amor á la observancia de una ley, que pisotea descaradamente cuando le conviene. Pero á pesar de todo, — continuó Pilatos, — mi justicia sabrá buscarle y encontrarle cuando me convenga, aunque se oculte en el seno de su madre.

— ¿Les obligo, pues, á que se presenten ante tí?

— No es prudente; la hora no ha llegado aun en que podamos romper con todos los reparos. El pueblo de Israel se exacerbaria, y mas vale que por ahora no sea así, puesto que tampoco he recibido instrucciones para poner la última malla, en la cadena que le unce al carro de Roma. Respetemos por ahora los escrúpulos de Anás y de los suyos.

Y despues de una ligera pausa, haciendo una especie de transición habló de esta manera:

— Pero si ellos se niegan á comparecer á mi presencia para acusar á Jesús, cuando menos te habrán indicado los motivos sobre que fundan su acusación y sus sanguinarias pretensiones.

— Han puesto en mis manos este pergamino, en el que segun ellos, va estendida la sentencia del Sanhedrin, sentencia que se te ofrece para que la sanciones.

— Y ¿quién es, — preguntó Pilatos con altanería, — el que trata de una manera tan humillante á Roma? ¿Quién es el que presenta á la sancion del imperio una sentencia que solo Roma puede dictar?

— ¡El Sanhedrin de Israel!

— Y ¿acaso desconoce, acaso ignora el Sanhedrin, que Israel no tiene poder alguno para sentenciar á nadie? ¿Acaso no saben los judíos, que el derecho de condenar y de absolver no la transmiten nunca los romanos? ¿Acaso no saben que solo yo estoy autorizado para dictar una sentencia de muerte, para que vengan á provocar al leon con este paso audaz, sedicioso y lleno de malicia?

Pilatos estrujó entre sus manos el pergamino, y montado en cólera, dió algunos pasos descompasados por la habitacion. Algunas frases ininteligibles se escapaban de sus labios, y terribles miradas de cólera amenazadora brotaban de sus ojos. Aquellas frases, aquellas miradas, los ademanes y la indignacion del pretor, eran tan amenazadores, que si Israel las viera se hubiese puesto á temblar.

Despues, desplegando el pergamino, leyó la sentencia, que como sabemos, mas parecia una orden terminante dada por el Sanhedrin al pretorio, que un fallo que se sometiera al exámen y aprobacion, del único que tenia allí derecho sobre la vida y la muerte de los israelitas.

Pilatos montado en cólera hizo mil pedazos de aquel pergamino, y lo arrojó al pueblo como un guante de desafío.

Luego dijo gritando:

— Cornelio, esto es un padron de ignominia para Roma, y el pretor se haria reo de alta traicion si dejara las cosas

sin correctivo, si dejara sin vindicar el inmaculado honor y el sagrado derecho de la patria. El Sanhedrin parece que ha querido dar en esta sentencia un paso hácia la emancipacion, y yo debo hacerle comprender que ha caido para siempre en la deshonrosa tumba. Esta causa es la última en la que ha entendido. De hoy mas ese tribunal compuesto de infames, ha dejado de ser para siempre: de hoy mas los judíos no tendrán derecho á juzgar, y mucho menos á condenar á sus semejantes. Participarás á Gamaliel de mi parte esta resolucion; darás órdenes para que todas las llaves de los lugares donde ese aquellare se reune, se hallen hoy mismo en mi poder, y les harás observar que el pretor castigará, de hoy en adelante, de una manera implacable, al que se atreva á administrar justicia en lo pequeño y en lo grande... ¡Hé aquí lo que has conseguido, Israel!

Nicodemus lo habia profetizado; Nicodemus habíalo dicho al Sanhedrin, con ocasion de la defensa que hizo del Cristo, cuando se fulminó contra el Hijo de Dios el formidable anatema. No era extraño que se suicidase un tribunal, que creado por Dios para administrar justicia, tenia el atrevimiento de condenar á muerte al Verbo Eterno, al Hijo del Legislador que diera aquella institucion al pueblo. La última causa en que debia entender el Sanhedrin era la mas injusta, la mas infame, la mas criminal de todas cuantas le habian ocupado, durante el largo trascurso de años que contaba de existencia aquella institucion.

Y ¡cosa particular! El fallo de muerte del Sanhedrin, aquel fallo que lo era á la vez de la independenciam de Israel, era pronunciado algunas horas antes de que Jesucristo recibiera el fallo que debiera conducirle al infamante patíbulo, convertido para nosotros en gloriosa enseña, que debia abrirnos las puertas de la bienaventuranza eterna.

¡Justicia inexorable de Dios! ¡Admirable providencia del Altísimo! Los hombres extraviados podrán negarte, podrán dudar algunos de tí, pero la historia proclamará muy alto con sus hechos, que tú existes, que tú eres profundamente sabia y digna de toda nuestra adoracion.

No; todos los detalles, para muchos desconocidos, de la pasion del Redentor, no son obra de la casualidad, como no puede ser obra de la casualidad la hermosísima grandeza de la esfera celeste; como no puede ser obra de la casualidad la complicada, sabia y admirable contextura del cuerpo humano; como no puede ser obra de la casualidad, el portentoso secreto que hace brotar los pensamientos en nuestra mente, que hace germinar los dulces sentimientos y las tiernas afecciones en nuestro corazon.

El simbolismo de la ley mosaica debia terminar, en el momento en que la realidad estendiera su majestuoso imperio por los orbes; las injusticias del Sanhedrin debian terminar para siempre con la mas horrenda injusticia... Pilatos, al pronunciar el fallo sobre la suerte del tribunal de Israel, pronunciábalo tambien sobre la suerte de la nacion; esto ya lo sabia el pretor, pero lo que ignoraba de todo punto, era que la mano de la Providencia acabara de suscitar aquel fallo inexorable de los labios de Pilatos.

La profecía de Nicodemus acababa de cumplirse al pié de la letra, y tal vez mucho tiempo antes que el celoso sacerdote y noble defensor de Cristo atreviérase á esperar. La sentencia de Jesucristo era la última que los judíos pronunciaban; la muerte de la nacion hebrea coincidia con la muerte del Redentor del mundo; el pueblo escogido, rechazando al Enviado de Dios le arrojaba á la muerte, y el Hijo del Altísimo, tomando acta de este desden y de este crimen, sin hacer diferencia de pueblos y de razas, abria

las puertas de la fe de Abraham á toda la humanidad. Un pueblo dejaba de ser el predilecto, porque el corazon de Jesús necesitaba el amor de los hombres todos, de todos los tiempos.

Escúseme el lector esta digresion, si por tal la considera. Yo por mi parte debo decirle que no me arrepiento de haberla escrito, y no juzgo que tales consideraciones sean una digresion, porque á mi entender hay consecuencias, que por mas que á primera vista saltan á los ojos de todos, el autor tiene el deber de tomar acta de ellas, para hacer que su importancia quede terminantemente consignada, puesto que pudiera haber algunos para quienes pasara desapercibida, ó por los que fuera poco notada.

Apresuróse Cornelio á dar cumplimiento á las órdenes del pretor, tanto mas, cuanto, como ya sabemos, profesaba un odio reconcentrado á Israel, por sus innobles hipocresías y repugnantes maldades.

Sin duda que aquella noticia terrible debia producir un efecto muy grande entre los miembros del Sanhedrin, ya reunidos en la plaza del palacio pretorial; pero como no conviene ahora que distraigamos la atencion de nuestros lectores, dejaremos á Cornelio hablando con los sacerdotes, fariseos, escribas, ancianos, y tornando á la sala del tribunal, veamos lo que pasa allí entre Pilatos y el Redentor de la humanidad.

Cuando el marido de Prócula húbese repuesto un poco; cuando se halló ya mas dueño de sí mismo, acercándose á Jesús, que humildemente permanecia en pié, y con una sonrisa sarcástica le dijo:

—¿Sabes de lo que tus enemigos te acusan?

—Ya te he dicho que yo no tenia mas que amigos, algunos de ellos obcecados por las pasiones.

—Estraños amigos, por cierto, cuando desean tu muerte, y apuran todos los recursos imaginables para conseguirla.

—Yo les compadezco y les perdono; yo ruego al Padre celestial, para que les ilumine con un rayo de la luz de la verdad. Si este rayo de luz brillara para sus ojos, ellos en vez de pedir mi muerte, ellos en vez de acusárme me abrazarian, complaciéndose en reconocermé por su amigo mas desinteresado y fiel: —repuso Jesucristo con voz dulce y conmovida.

—No te pagan ellos con la misma moneda.

—Si ellos no hacen el bien, es porque los desgraciados están ciegos. Yo lamento tanto mas su obcecacion, cuanto esa ceguera puede quitarles la vida eterna. ¿Qué me importaria morir, si consiguiese con mi muerte que abriesen los ojos á la luz?

Esta idea generosa de Cristo, dicha con la entonacion mas inefable de la ternura, y saturada de una profunda melancolía, conmovió grandemente á Pilatos, hasta el estremo de hacerle perder la gravedad de juez.

Procuró el pretor reponerse, y no dar á entender á Jesucristo lo que acababan de afectarle sus últimas palabras, y dijo:

—Supongó que sabrás que tus compatriotas te acusan del crimen de blasfemia, que segun ellos castiga vuestra ley con la pena de muerte.

—Es preferible sufrir la muerte por esa acusacion, no siendo verdad, que vivir habiendo blasfemado del santo nombre de Dios, sin arrepentirse.

—¿Tú no eres blasfemo pues?

—Ni puedo serlo, porque si fuera posible que blasfemara del sagrado nombre de Dios, en aquel momento dejaría de ser.

Pilatos no éntendió el profundo significado que se envolvía en la admirable contestacion de Jesucristo, porque si Pilatos creia en la divinidad, era á la manera que creian en ella los romanos, manera tan diferente, tan opuesta á la naturaleza divina, como es diferente la luz de las tinieblas.

El pretor siguió viendo en la contestacion del Hijo de Dios la ingeniosa contestacion de un filósofo, que con misteriosas palabras, y estraños giros dados á la frase, pretende hacer creer que ha dicho mucho, cuando en verdad no ha dicho nada.

Y Pilatos, como aficionado á las razones intrincadas y vacías de los sofistas y de los escépticos, pensando que habia dado de manos á boca con uno de ellos, complaciase en hablar con Jesucristo y en admirarle, no como debia ser admirado, no como que era un Dios, sino como si fuese un impostor, del género de los que tanto pululaban en Roma por aquellos dias.

Y á la verdad, la contestacion de Jesucristo no podia ser ni mas categórica ni mas clara, ni mas acomodada á su naturaleza divina, porque no hay duda que siendo Dios como era, si hubiese podido blasfemar de la divinidad, no tenia razon de ser, se destruía á sí mismo, debia necesariamente dejar de existir. Y hé aquí por qué razon la respuesta de Jesucristo á la pregunta de Pilatos era perfectamente categórica, clara y tan acomodada á la naturaleza divina, como era posible que fuese.

—¿Por qué pues te han conducido aquí tus compatriotas? ¿Por qué pretenden que yo castigue en tí un crimen, que segun dices es de todo punto imposible que cometas?

—Los juicios de Dios son inescrutables.

—¿Y no temes la muerte que vienen á pedir para tí?

— La inocencia no teme el juicio de los hombres, y el amor es mas fuerte que la muerte. Si muriendo dos veces pudiera evitarles este pecado, dos veces ofreceria feliz y gustoso mi vida al Padre celestial; mas ¡ay! los que rechazan el bien que conocen, una vez endurecen su corazon para rechazarle siempre; los que oyen la voz del amor y la arrojan léjos de sí, arrojan con ello la potencia de conmoverse, y se endurecen en su pecado.

— Misteriosas son tus palabras, y en parte ininteligibles para mí.

— Suplica á Dios que abra tus ojos y entenderás la verdad. Si yo no me presentara á los hombres rodeado de sombras, ¿piensas que habria en la tierra mortal alguno que pudiera resistir el brillo que se desprenderia de mí?

— ¿Eres pues un Dios? — preguntó Pilatos lleno de asombro, bien á su pesar.

— Si te lo digo, no me creerás, por eso te remitiré á mis obras, para que juzgues por ellas lo que soy.

— ¿Profeso yo acaso tu religion para que pueda deducir con acierto, cuando entre tus mismos compatriotas, mientras que unos te aclaman, otros piden tu muerte por haberte hecho Hijo de Dios?... ¿Y no sabes tambien que esta es otra de las acusaciones que te dirigen?

Jesucristo callaba. Su misterioso silencio decia mas de lo que sus palabras hubieran dicho. Por otra parte, rechazaba las palabras ociosas con toda la energía de su alma divina, como quien sabe cuán grave mal es hablar solo por hablar, sin que redunde algun bien.

Y qué bien podia redundar ya de sus afirmaciones, cuando acababa de remitir á Pilatos á las pruebas, para que juzgara si era ó no su sagrada Persona de procedencia divina.

El pretor, viendo que Jesús callaba, prosiguió, bien así como si quisiera ganar su confianza:

— ¿Y nada tienes que decir á una acusacion, que de resultar cierta, puede conducirte á la muerte? Mira que yo me hallo aquí bastante dispuesto á protegerte.

— ¿Y qué quieres que digan mis labios, que no hayan dicho mis obras? Pregunta á los ciegos que he devuelto la vista, á los leprosos y enfermos que he curado, á los energúmenos que he librado del poder de los demonios, á los pecadores que he convertido, y á los muertos que he resucitado, y todos estos contestarán por mí á la pregunta que me acabas de hacer. Ellos dirán si la acusacion es justa ó no.

— ¿Por qué no te defiendes pues?

— La luz del sol, ¿tiene acaso necesidad de defenderse, porque haya algunos obcecados que den en la manía de negar su existencia? El astro del dia difunde sus rayos por el mundo, y lo mismo calientan y alumbran á los que le niegan, como á los que bendicen á Dios por haberlo dado á los hombres.

— ¿Eres pues Hijo de Dios?

— ¡Tú lo has dicho!

Jesucristo empleó para contestar á Pilatos una entonacion de majestad tan grande, que aun á su pesar, el pretor, lleno de respeto inclinó la frente, permaneció silencioso, y hubo de hacerse una gran violencia para no caer á los piés de Cristo á fin de adorarle.

La majestad divina obraba sobre la criatura. Era necesario, no solo que Pilatos conociera que Jesús era inocente, sino que tuviese la evidencia de que era de una naturaleza superior á la humana aquel Ser escelso que tenia delante, y á quien preguntaba, no como el juez al acusado, sino como el discípulo al maestro.

¡Estraña situacion la de aquel juez, que se veia en el caso de juzgar al Criador del mundo!

Pilatos en presencia de Jesús sentia la impotencia de su pequeñez y de su nada, y observando este fenómeno se preguntaba con asombro:

— Es que me abandonan las fuerzas, ¿ó es que *este hombre* es aun mas grande de lo que parece? ¡Estraña situacion que me fanatiza, y que es capaz de volverme loco, ó de convertirme en un idiota!

Despues de una pausa, en la que sintió mas ostensibles y claros que nunca los efectos de la pequeñez de la criatura en presencia de su Hacedor, rompió el silencio para decir:

— ¿Cómo, pues, los tuyos, que deben conocerte; cómo, pues, los mismos ministros del Santuario, tienen tanto empeño en acabar contigo acusándote de impostor?

— Yo no he venido al mundo para juzgar, sino para dar á los hombres un testimonio de amor. ¡Oh! si esos pobres extraviados pudieran convencerse del infinito amor que les tengo; si abriesen, siquiera por un momento los ojos á la luz, mi alma no estaria tan llena de congojas como está. ¡Ojalá que muriendo pudiera evitarles el juicio que les espera!

Y diciendo esto, el divino Salvador, enamorado de sus enemigos mas implacables, hubo de hacer un grande esfuerzo para impedir que una lágrima de tristeza asomara á sus ojos, pero aquella lágrima de amor infinito, aquella prenda de cariño divino, cayó sobre el corazon enamorado del Salvador, como si fuera una gota de amarga mirra. ¡Oh! mientras que los príncipes del pueblo se agitaban para hacer mas segura la muerte de Jesús, este lloraba, lamentándose de que su muerte ofrecida para la reparacion de todos, seria para aquellos desgraciados un nuevo motivo de confusion y de tormento. ¡Cuán amarga debia ser aquella lágrima del Salvador!...

Pilatos desconcertado, por decirlo así, dejó á Jesucristo, para dirigirse al balcon, que en forma de galería, abríase á la mitad del régio salon del tribunal. Aquel balcon daba á la plaza del pretorio, ocupada por una innumerable multitud de israelitas, parte enemigos del Cristo, parte amigos flojos ó decididos, y parte, aunque era la menos considerable, de espectadores curiosos é indiferentes.

Las tropas habíanse retirado de la plaza, replegándose en el atrio del pretorio. Cornelio satisfecho ya con haber humillado á los judíos, lo dispusiera así, cuando participó á los miembros del Sanhedrin, que Israel acababa de perder para siempre su autonomía, con la facultad de juzgar hasta los crímenes mas insignificantes.

La multitud agitada y removida por los sacerdotes y los fariseos, ofrecia un aspecto imponente. Todos hablaban del Cristo; sus enemigos gritando y amenazando; sus amigos medio llorosos y con voz bastante baja.

Y mientras Pilatos se dirigia al balcon para hablar al pueblo, extraños sentimientos, inspiraciones nunca sentidas, y hasta una especie de misterioso temor, hacíanle estremecer y temblar ligeramente.

El marido de Prócula experimentaba en aquel momento una lucha indefinible; lucha en la que la cabeza y el corazon marchaban acordes, pero por un fenómeno particular, inexplicable, luchaban entre sí con todas sus fuerzas.

Pero ¿sobre qué?... No lo sabia; no podia darse cuenta de ello. Pilatos hubiera preferido verse envuelto por una legion de bárbaros escitas, y pelear contra todos juntos á brazo partido, antes que sufrir el menor de los choques violentos, que en aquellos instantes estaban dándose su cabeza y su corazon.